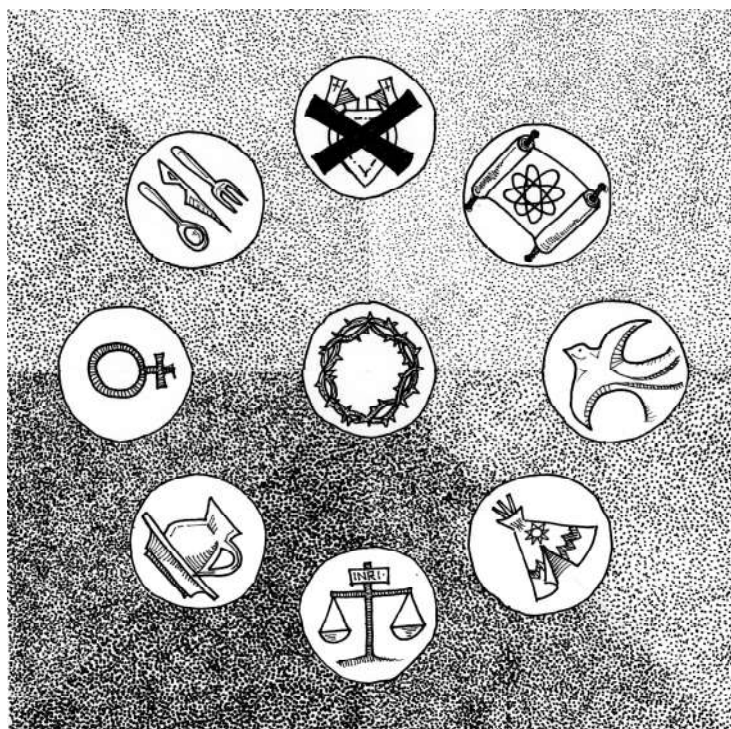




DOCUMENTOS del OCOTE ENCENDIDO

Nº 119. Diciembre 2023

SÍNODO DE LA SINODALIDAD De cara a 2024, su asamblea decisoria



Comités Óscar Romero

INTRODUCCIÓN

Encendemos, por cuarta y última vez en este año 2023, nuestro OCOTE, para arrojar luz sobre un proceso que de algún modo ha culminado este fin de año, pero que a la vez promete deslizarse por buena parte de los meses siguientes, concretamente hasta octubre de 2024. Nos referimos, claro está, al «Sínodo de la Sinodalidad», nombre nuevo, literalmente inédito en la historia de la Iglesia: No sólo no se había hablado de «sinodalidad» -palabra nueva, acuñada ahora por decisión del Papa Francisco-, y menos se había hablado de «Sínodo sobre la Sinodalidad», una especie de sinodalidad al cuadrado. ¿Y qué ha sido eso?

Pues en octubre pasado (2023) se ha celebrado su Segunda Asamblea, porque ya había comenzado en 2021, y en octubre de 2024 tendrá lugar su tercera y última asamblea. La Asamblea que acaba de celebrarse ha marcado un récord histórico por sus propias características. Probablemente, todos nuestros lectores tienen en la retina de su memoria la imagen de la Sala Nervi (la de las audiencias generales de los miércoles en el Vaticano) llena esta vez con mesas redondas y puestos para diez contertulios, entre los que había -también por primera vez en 2000 años de cristianismo- obispos y laicos, hombres y mujeres. Y todos con el mismo derecho a hablar y a ser escuchados. Primera vez en veinte siglos.

Pues este Sínodo (mejor: esta Segunda Asamblea del Sínodo de la Sinodalidad) ha suscitado muchas esperanzas sobre una posible reforma de la Iglesia. De hecho, sobre la mesa se han ido poniendo varios temas venidos de la calle, de las parroquias, de la opinión pública... Pero el papa Francisco ha ido tanto frenando la posible precipitación, como animando a formular propuestas atrevidas y desinhibidas.

Aunque las dimensiones de la Iglesia (cuantitativas -los mil trescientos millones de católicos- y cualitativas -variedad de países, de continentes, de lenguas, de culturas...-) hacen de ella una organización difícilmente manejable, la verdad es que se ha conseguido, con todas las ausencias y resistencias, una amplia red de grupos y comunidades participando en el «proceso sinodal», con la esperanza y los deseos ardientes de muchos católicos que hace décadas -principalmente desde el Concilio Vaticano II- claman por el *aggiornamento*, la puesta al día, la renovación de la Iglesia, su reforma (ya no le tenemos miedo a esta palabra luterana).

¿Cuál es el estado actual de los ánimos en la Iglesia, al acabar esta Segunda Asamblea de octubre pasado? Pues es muy variopinto, y eso es lo que hemos querido preguntar a personas significativas por su participación en el proceso, por su presencia militante en sectores de muy de base en la Iglesia o por su capacidad y experiencia reconocidas. Aquí las ofrecemos, y constituyen el grueso de este número del Ocote.

Completa la parte principal de los testimonios, un breve artículo de reflexión, de nuestro amigo Santiago Villamayor, sobre los «supuestos» dados por supuestos y por eso mismo no tratados en el Sínodo. Podrían ser una trampa letal, para una reforma real de la Iglesia, en cuanto que si no los abordamos, si los dejamos intactos -por no verlos siquiera, y por no revisarlos por tanto-, el resultado del Sínodo podría ser una nueva propuesta desde los mismos presupuestos de siempre, es decir, un cambio meramente superficial, no de fondo.

Lo que necesitamos es más bien una propuesta sobre nuevos presupuestos; por eso es preciso sacar a la superficie y debatir esos «supuestos» no afrontados, sostiene el autor.

A la hora de cerrar este número, han aparecido por fin las orientaciones de la Comisión Sinodal para el proceso a seguir en los próximos meses por las bases cristianas para participar en el proceso sinodal. Recogemos algunas propuestas menos conocidas, para facilitar la participación a quienes tengan dificultad.

Comités Óscar Romero

ÍNDICE

EL SÍNODO DE LA SINODALIDAD

La Iglesia puede cambiar realmente. Fernando Orcástegui	5
Lanzadas a tomar más la palabra. Olga Consuelo Vélez	10
Si o no dalidad. Sergio Lorenzini	12
Sin esperar que los cambios vengan de Roma. Deme Orte	13
El método es el mensaje. José Ramón López	15
La Ruah sigue soplando. Ana López.....	17
Puede cambiar la Iglesia. Javier Lacasta	19
Preguntas y respuestas en torno al proceso sinodal. Fausto Franco.....	23
Mi sencilla opinión del sínodo. José María Francia	25
Visibilizando la “Iglesia en salida”. Carmen Bel	27
Será un cambio lento, pero será. Pilar Julián, grupo sinodal Canonesas... 28	
Siempre la esperanza. Grupo sinodal Canonesas	28
Supuestos incuestionables que lastran el Sínodo. Santiago Villamayor....	30
Por una Iglesia sinodal misionera, los pasos hacia el Sínodo 2024.....	32
Cómo ser Iglesia sinodal en Misión. CCRI	35

PORTADA: *Sinodalidad*. Javier Lacasta

Comités Óscar Romero. D.L.Z. 147-89

LA IGLESIA PUEDE CAMBIAR REALMENTE

Fernando Orcástegui Candial

Educador y divulgador teológico.
Comité Óscar Romero de Aragón

Éstos son algunos de los titulares que aparecen al teclear las palabras “cambio” e “Iglesia” en un buscador de internet. Todas se refieren al inicio del proceso del sínodo y a su desarrollo y, en su mayoría, no corresponden a medios religiosos, lo que muestra claramente el interés que esta cuestión sigue suscitando en la sociedad. Y, de paso, pone sobre la mesa la pregunta a la que nos enfrentamos. Parece claro que hay una percepción pública de un cierto proyecto de cambio desde dentro de la Iglesia, a la vez que se duda o se cuestiona la viabilidad práctica de dicho proyecto.

Bueno, pues yo soy de los que piensan que sí, que es posible el cambio en la Iglesia. Aunque el sínodo no es ni mucho menos el punto de llegada, sino más bien, un momento esperanzador de un proceso mucho más largo.

Voy a tratar de justificar esta creencia con base dos argumentos.

El primero, lo tomo prestado del recientemente fallecido José María Castillo: *“No digo que la Iglesia debe cambiar o tiene que cambiar. Lo que digo es que la Iglesia va a cambiar. Porque no tiene más remedio. Ni le queda otra salida. La Iglesia que tenemos ahora, tal como está, no puede durar mucho”* (Castillo, 2019).

A pesar del Vaticano II y de la *Lumen Gentium...* seguimos en un modelo eclesial que necesita que se abran las ventanas para que entre el aire fresco, retomando el viejo dicho de Juan XXIII.

La Iglesia se ve como una institución anticuada, con unas estructuras, unas normas y un imaginario muy alejados de la sensibilidad moderna. Nuevamente en palabras de Castillo: *“la Iglesia institucional representa un hecho global inadaptado en la sociedad y en la cultura actual”* (Castillo, 2016), es decir, la Iglesia y su mensaje no sólo no interesan, sino que con frecuencia producen rechazo. La Iglesia es una institución pesada a la que le cuesta cambiar y adaptarse a los tiempos, que ha perdido sucesivamente a la clase obrera, a los jóvenes, a las mujeres... Para colmo, una Iglesia que está perdiendo también de manera lamentable su mejor capital: la credibilidad moral... a base de escándalos, como la ocultación de la pederastia y otros de índole financiero.

La situación de la Iglesia a veces recuerda a los llamados “círculos de la muerte de las hormigas”. Las hormigas se siguen unas a otras por el olor, las feromonas o lo que sea... cuando una se despista de la fila y pierde el rastro de sus compañeras empieza a dar vueltas en círculo, las demás la siguen de

manera que empiezan a dar vueltas y más vueltas sin encontrar nunca el hormiguero. Miles ellas forman un espiral masivo hasta que mueren exhaustas de tanto caminar o acaban aplastándose unas a otras.

Tal vez puede parecer un poco catastrofista o exagerado, pero no hablamos de una crisis pasajera... En una de sus muchas declaraciones, la teóloga Cristina Inogés, que forma parte de la comisión metodológica del Sínodo, decía que o esta vez la reforma va en serio o *“el último que apague la luz”*.

Y esto no va de victimismo y de buscar enemigos que quieren destruir la obra de Dios. La sana laicidad, los derechos humanos, la ciudadanía democrática, la ecología integral, la cultura, la pluralidad y la diversidad social y familiar son realidades que empujan a la Iglesia a abrirse y salir al mundo. Si no lo hace, a base de dar vueltas y más vueltas sobre si misma, la Iglesia corre el riesgo de ahogarse en ese narcisismo, en esa autorreferencialidad que tanto critica el Papa Francisco. Corre el riesgo de dejar definitivamente de ser relevante, significativa para el mundo actual.

El segundo argumento tiene que ver con un mal que aqueja a la Iglesia desde el segundo milenio: la *“jerarcolgía”*, una manera errada de entender la Iglesia por la que la jerarquía *“se ha absolutizado y sacralizado de tal modo que ha llegado a identificarse con la totalidad de la Iglesia”* (Codina, 2006). Así, cuando se dice que la Iglesia no puede cambiar, de lo que se está hablando en realidad es de que la jerarquía eclesial no puede o no quiere

hacerlo. Pero la Iglesia es mucho más que una casta de varones ordenados; está llamada a ser una comunidad de iguales.

Se dice muchas veces que la Iglesia es piramidal, con la jerarquía en el vértice y el pueblo en la base... Los cambios ya se está produciendo cuando la base se desplaza hacia el Evangelio, urgida por el Espíritu y acompasada con el avance de los tiempos. Entonces, al vértice no le queda otra que moverse también... a riesgo de quedarse sin apoyo.

Son muchas las comunidades cristianas a lo largo y ancho del mundo que, por decirlo de alguna manera, protagonizan un *“sorpaso”* a la Iglesia por el lado del Evangelio. La novedad en estos momentos es que el propio Papa alienta con decisión y valentía los movimientos que se dan en la base.

En estos momentos, la llamada de Francisco a una *“operación salida”* de la Iglesia une por primera vez en la historia, una realidad eclesial de base, misionera, abierta al mundo y a las periferias con decisiones concretas que afectan a la estructura de gestión y poder de la Iglesia como institución.

En resumen: creo en el cambio de la Iglesia porque si no es Iglesia *“en”* salida, será una Iglesia *“sin”* salida. Y espero el cambio de la Iglesia porque lo veo ya como una realidad en la práctica de aquellos cristianos que se empeñan en construir en su seno espacios de igualdad y fraternidad.

Este proceso sinodal puede acabar en amarga frustración, pero también puede ser un momento de inflexión si

cada uno asumimos nuestra parte de responsabilidad en esta “operación salida de la Iglesia”. Salir significa ir de un sitio cerrado a otro abierto; veamos para terminar esta reflexión algunas tareas pendientes que pueden ayudar a recorrer ese camino.

1. Plantar la tienda de campaña: Significa pasar de una Iglesia fortaleza que se protegía del mundo a una Iglesia que planta su tienda en medio del mundo y hace verdad aquello de que comparte las alegrías y las esperanzas de la sociedad. Plantar la tienda en medio del mundo supone la capacidad de dialogar con la sociedad, con los saberes humanos, con otras realidades e instituciones. Uno de esos diálogos imprescindibles es el que hay que establecer con otros espacios religiosos y espirituales.

2. Dar la vuelta al calcetín: Como quien da la vuelta a un calcetín, hay que aplicar la ley de la reversibilidad evangélica en muchos temas que tal vez pensamos que ahora están al derecho: la mujer, la autoridad, los ministerios, etc. El ejemplo más claro es pasar de una Iglesia de ordenados a una Iglesia de bautizados. Francisco lo tiene claro: *“El clericalismo es un látigo que ensucia y daña a la Iglesia”*. Pero, ojo, no está sólo en los clérigos: para que haya pastores también ha de haber dócil rebaño.

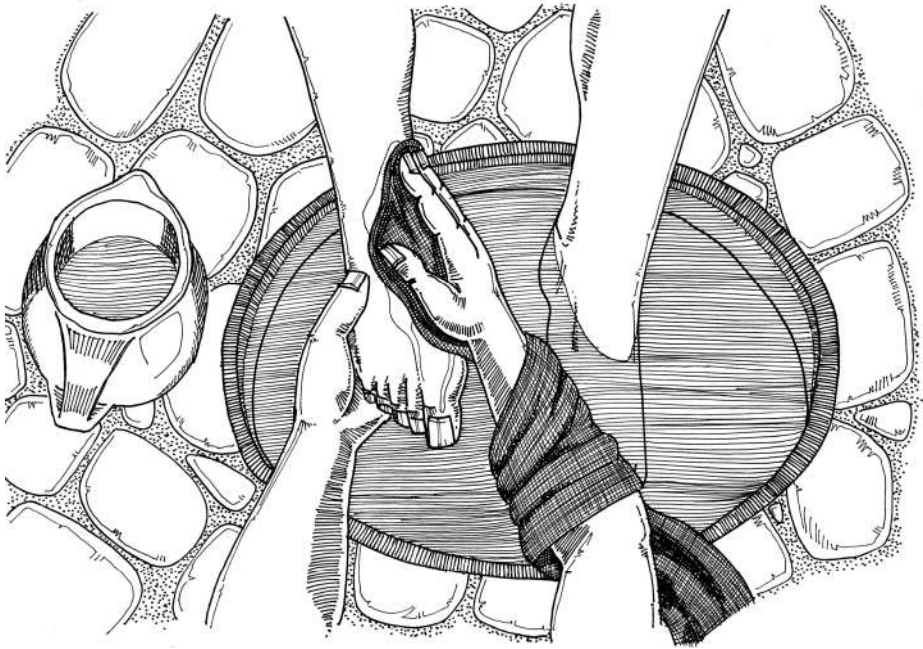
3. Correr “de base a base”: Esta es una expresión acuñada por las comunidades de base de Nicaragua, un país en el que el béisbol es el deporte nacional. Se trata de ir de la base la Iglesia a la base de la sociedad y viceversa. Ponerse

de parte del equipo perdedor, identificarse y correr la suerte de los pobres de la tierra. Significa pasar de una Iglesia equidistante, o incluso aliada de las élites, a una Iglesia que hace la opción por los pobres y oprimidos.

4. Mujeres en primera línea: Significa pasar de una Iglesia de varones a una Iglesia de todas y de todos. La presencia y participación plena de las mujeres en la Iglesia, también donde se toman las decisiones, no puede ser vista como una concesión, ni tampoco como una cuota como en las instituciones civiles... es un derecho de plena justicia. ¿Cómo podemos llamarnos la comunidad de Jesús si no somos capaces de ser una comunidad de iguales? Pues eso, como dice el lema de la revuelta de mujeres en la Iglesia: *“hasta que la igualdad se haga costumbre”*.

5. Ser una Iglesia “arco iris”: Ser Iglesia “arco iris” supone pasar de ser una Iglesia maestra de doctrinas y normas a ser una Iglesia maestra de acogida, ternura y cuidado. Una comunidad que sorprenda por su forma de encontrarse afectuosamente con las personas independientemente de su situación personal, su credo, su ideología y también, por supuesto, su vivencia de la sexualidad, o si están casados, solteros o divorciados. Una Iglesia capaz de recorrer sin miedo las periferias existenciales.

6. Lo que a todos afecta... Hay un antiguo axioma de la primitiva Iglesia según el cual *“lo que afecta a todos, por todos debe ser tratado y por todos decidido”*. Significa pasar de una Iglesia



Lavatorio, Javier Lacasta

centralista y autoritaria a una Iglesia comunión. No se trata simplemente de votar y de que gane la mayoría. Se trata de encontrar el modo de conjugar las diferencias, la sana y rica pluralidad y especialmente la sensibilidad y necesidades de las minorías para que todos se vean reconocidos en el resultado final, para que con la aportación de todos se articule un proyecto común.

7. La revolución de la palangana: Es decir, pasar de una Iglesia “señora” a una Iglesia “sierva”. Nos lo enseña Jesús en el relato del lavatorio de los pies. Jesús propone con su gesto hacer del servicio el distintivo de la comunidad, con los de dentro y con los de fuera. Como dice a las mujeres el personaje de la vestidura blanca la mañana de

Pascua, hay que volver una y otra vez a Galilea para encontrarse de verdad con Jesús de Nazaret. Galilea está en la frontera, en el hospital de terminales, en el taller ocupacional, en la lucha obrera y sindical, en la asociación de vecinos, en el partido, en la ONG, en la misión, en la solidaridad de ida y vuelta con los empobrecidos...

8. La casa común: es el momento de pasar del humanocentrismo a la ecología integral. La *Laudato Si'* ha puesto sobre el tapete la pregunta sobre el lugar que tiene la preocupación ecológica en la evangelización. La respuesta es la “ecología integral” que nos habla de que todo está interconectado y de que el respeto al ser humano no puede pasar por la destrucción de la

casa común, porque el respeto a ser humano está indefectiblemente unido al respeto a todo lo creado. Esta lucha debe ser también una lucha abrazada por la Iglesia en alianza con todos los movimientos que la promueven.

9. Volver al valle de Siquem: Significa pasar de una Iglesia autorreferencial a una Iglesia capaz de un diálogo universal y de tejer alianzas. Igual que las tribus hebreas se federaron en Siquem, la Iglesia no puede ser un ente aislado. Debemos ser capaces de tejer relaciones y alianzas, en una red de diálogo, servicio y transformación. Alianzas con organizaciones y movimientos sociales con los que existan coincidencias en la acción independientemente de ideologías y etiquetas.

10. Banquete del Reino: y como resumen de todo, pasar de una Iglesia de ritos y doctrinas a una Iglesia de la fiesta. La Iglesia no puede ser vista como la aguafiestas, como la eternamente enfadada, como la tiquismiquis preocupada por colar el mosquito. La alegría del Evangelio no puede ser una frase hecha, tiene que notarse. El lugar de Dios no es el templo, sino la vida. Esto probablemente exija replantearse modelos litúrgicos, normas y exigencias, legalismos y burocracias que ocultan al Dios de Jesús, que abruman, que hunden a la gente sencilla bajo kilos de culpa o simplemente alejan a quien tiene libertad y criterio propio. La comunidad de Jesús debe parecerse a una mesa común en la que se celebra la

vida, en la que caben todos y en la que todos son iguales.

Sinodalidad significa “caminar juntos”. Por primera vez se ha abierto un proceso en el que se da voz realmente a la comunidad cristiana universal. Sólo eso ya es un cambio y habrá merecido la pena. Pero, esto no puede acabar el día que se clausure el Sínodo. Aunque seamos diferentes en nuestras formas de pensar, sentir, rezar, opinar, votar... aunque a veces, sintamos que estamos fuera de lugar, o nos enfademos por lo que vemos a nuestro alrededor... sigamos caminando juntos. Estamos unidos a la Iglesia porque nos une nuestra adhesión a la persona de Jesús y su proyecto. Tomando prestados los versos de José Antonio Labordeta, a pesar de todo, *“serenamente hablando quiero gritar que aquí está nuestro sitio y no en otro lugar”*.

LANZADAS A TOMAR MÁS LA PALABRA Y A BUSCAR ESPACIOS ESTRUCTURALES

Olga Consuelo Vélez

Doctora en Teología. Colombia

¿PODRÁ CAMBIAR LA IGLESIA CON ESTOS PRESUPUESTOS SUBYACENTES E INCONSCIENTES?

La Iglesia no va a cambiar con la realización del Sínodo de la sinodalidad. Hay demasiadas voces en contra de dicho acontecimiento, y no van a dejar que se dé ningún paso sustancial. Sin embargo, queda para la historia de la Iglesia la realización de un sínodo con participación del laicado y con el ejercicio de voz y voto. Por lo menos, eso podrá invocarse para seguir empujando algunos cambios que, tarde o temprano serán posibles, ya que, si la Iglesia no cambia, pierde toda posibilidad de futuro.

Además, para los pequeños sectores que somos conscientes de que la Iglesia no es el clero, sino también el laicado, este tipo de experiencias nos ha lanzado a tomar más la palabra y a buscar espacios estructurales que permitan funcionar de una manera más sinodal, y eso no lo puede impedir la Iglesia jerárquica. Los cambios casi nunca vienen de arriba hacia abajo; por eso no serán decretados vía Roma, sino de abajo hacia arriba, y la conciencia laical que tenemos ya nos permite sentir que allí donde estamos somos Iglesia, y que la forma como entendemos la fe corresponde al *sensus fidei* del pueblo

de Dios, que también goza de autoridad, y nuestras prácticas eclesiales van abriendo otros caminos, aunque no sean reconocidos oficialmente.

En definitiva, podemos invocar la experiencia sinodal como el *deber ser* al que tendemos, y, aunque no haya cambios sustanciales con la realización del Sínodo, queda la experiencia de seguir empujando dichos cambios.

HACIA LA ASAMBLEA FINAL DEL SÍNODO EN 2024

He participado del *Catholic Women's Council* (Consejo de mujeres católicas), asociación de varias redes que trabajan por la plena participación de la mujer en la Iglesia. Durante los dos años que ya van transcurridos del Sínodo, realizamos diversos talleres virtuales, con grupos de mujeres muy variados de todos los continentes, y recogimos los resultados que fueron llevados a Roma y entregados a la hermana Nathalie Bequart, subsecretaria del Sínodo.

No sabemos qué camino transitaron esos resultados. Debieron ser entregados a la secretaria del Sínodo. En los diversos documentos que se han publicado sobre el Sínodo han aparecido diversas peticiones sobre la participación de las mujeres, la violencia de género y los ministerios ordenados para

ellas. Algo de todo esto tal vez fue recogido de nuestro aporte.

En el mes de octubre pasado, estuvimos en Roma dialogando con algunos de los miembros del Sínodo (mujeres laicas y religiosas en su mayoría, y algunos pocos varones) para estar de cerca de los acontecimientos. Nuestra conclusión –expresada por muchos participantes y comentaristas sobre lo vivido allí– es que el Sínodo fue un espacio de “conversación” en el que se palparon las diferencias, pero en el que no se avanzó en ninguna dirección. No queda muy claro cómo se podrá avanzar en la próxima reunión presencial. Además, en los documentos se va viendo cómo se han ido invisibilizando varios temas, entre ellos, el de las mujeres. En el Documento síntesis ya no se hace ninguna referencia al ministerio ordenado, y la referencia al diaconado sigue en etapa de estudio, sin vislumbrar ningún avance.

De esta experiencia puedo comentar que no tengo casi ninguna esperanza de que algo cambie en la Iglesia institucional. Pero, una vez más, afirmo, como lo he dicho en la respuesta anterior, que aunque este camino realizado no cambia a la Iglesia, nos sigue cambiando a nosotras y a todas las mujeres con las que hemos caminado estos dos años, desde los márgenes –porque no hemos sido invitadas oficialmente a ningún espacio sinodal–.

Este cambio que se produce en nosotras/os hace que nos sintamos Iglesia desde una experiencia más sinodal, más corresponsable, más

afianzadas en lo que creemos y exigimos. Seguiremos insistiendo en nuestras demandas y, en la medida de lo posible, las vivimos en los espacios eclesiales en los que participamos, porque sabemos que ellos, también son Iglesia viva, aunque la jerarquía no nos preste ninguna atención.

Finalmente quiero anotar que algunos cambios vendrán de decisiones personales del Papa –cambios en el derecho canónico o en alguna estructura eclesial o en algún documento de su magisterio – no porque provengan del consenso (lo cual parece bien difícil, porque hay demasiado tradicionalismo y demasiado miedo a lo nuevo), sino porque el Espíritu sigue actuando, y ante la necesidad inminente de una reforma de la Iglesia; se irá haciendo cambios por pura necesidad.

Son tiempos difíciles, lo de “primavera” eclesial es una bella ilusión, pero a mí, personalmente, la fe me mantiene en militancia eclesial, para seguir diciendo y haciendo lo que creo debería cambiar en la Iglesia, sin temor a represalias o a perder espacios eclesiales o a descalificaciones por parte de los que no quieren hacer ningún cambio. Sigo creyendo en una praxis eclesial incluyente y busco vivirla con mis escritos, con mi pequeña comunidad eclesial, con aportes que se pueden dar en la enseñanza teológica y en los espacios donde puedo pronunciar mi palabra.

SÍ O NO DALIDAD

Sergio Lorenzini

Párroco en el Gran Santiago. Chile

A la Iglesia le resulta sorprendentemente difícil cambiar, sobre todo considerando que se autocomprende como asistida por el Espíritu, que “hace nueva todas las cosas”.

Ni sus estructuras ni sus liderazgos ni sus teologías ni sus liturgias han sido concebidos para facilitar los soplos de ese Espíritu, sino -más parece- para anquilosarlo y ponerle “términos y condiciones” a su actuar.

A decir verdad, la Iglesia es relativamente capaz de cambiar y lo ha hecho: ha cambiado estilos, algunas enseñanzas no dogmáticas, y tal.

El problema es que la Iglesia -más que nada, su jerarquía- *no quiere* cambiar. Sólo parece hacerlo cuando la ponen bajo presión (no “del Espíritu”, sino “del mundo”).

El empeño de la sinodalidad parece un esfuerzo desganado, a regañadientes -y, por eso, infecundo- para convencer a los pocos que vamos quedando (en número y en paciencia) que, ahora sí, intentaremos ser mejores, más jesuánicamente radicales y epocalmente relevantes.

Nos salen tan mal la renovación y la reforma que cada vez que la Iglesia da un paso adelante lo hace con un retraso de varios siglos (“dos siglos”, decía el cardenal Carlo Maria Martini, para no insultar demasiado).

La rapidez con que las personas aban-

donan, no sólo la Iglesia católica, sino otras iglesias y religiones, hace pensar que el fenómeno supera la capacidad de cambio que ellas tienen. Parece que la humanidad ya ni siquiera espera la conversión eclesial que, durante tanto tiempo, pidió a todo pulmón en vano.

El Sínodo de la Sinodalidad necesitaría una audacia y decisiones casi infinitamente mayores a lo mostrado para que resultara en algo que haga justicia al movimiento que inspiró Jesús. Requeriría hablar distinto, pensar distinto, escuchar distinto, creer distinto. Implicaría saldar cuentas con la humanidad humana, con la ciencia, con la historia, con las víctimas. Exigiría llamar mito a los mitos, metáfora a las metáforas... y comenzar a hablar los dialectos del aquí y ahora. Significaría eliminar decididamente dualismos y antropomorfizaciones de lo divino (así como la divinización de lo humano).

Si en el Sínodo sólo se toca la gobernanza y los ministerios (*y ya no pidan cambios por, a lo menos, ¡cien años más!*), la sinodalidad se convertirá en trampa y en cerrojo para bautizados y bautizadas.

Si los resultados del Sínodo se reducen a un poquito más de apertura, participación y, ¡Dios mío!, la posibilidad de diaconisas o curas casados, ahora sí estaríamos inevitablemente sumergidos en la esterilidad evangélica y la irrelevancia histórica.

Es que la pregunta más candente no es si acaso la Iglesia será capaz de cambiar y así detener su ocaso, sino

más bien: ¿Nuestra época lloraría su extinción?

Thabang.

SIN ESPERAR QUE LOS CAMBIOS VENGAN DE ROMA

Deme Orte

Comunidad Cristiana de Benicalap-Ciudad Fallera
CCP- Valencia, MOCEOP y Redes Cristianas

Formo parte de una pequeña comunidad cristiana de base vinculada con otras Comunidades Cristianas Populares (CCP) a nivel local, estatal y europeo y otros colectivos eclesiales de base. En concreto en Valencia somos siete comunidades coordinadas y que nos planteamos si participar o no en el proceso sinodal. Sopesamos motivos para el no, como la reticencia a que venga de arriba, a que sea clerical, y las dudas de que llegue a algo resolutivo. Y también las motivaciones para participar como “Somos Iglesia”, a pesar de las discrepancias con la Institución; ya que se plantea como un “proceso” abierto a sorpresas, y que puede depender de nuestra aportación; que la sinodalidad puede ser el desarrollo de la eclesio- logía del Vaticano II del Pueblo de Dios; incluso de apoyo al Papa Francisco y su llamada a una renovación evangélica de la Iglesia, frente a la oposición rotunda de sectores reaccionarios del alto clero y de sectores católicos tradicionalistas. Parece una causa utópica, pero preferimos apostar por ella (“Otra Iglesia es posible y necesaria”) que resignarnos a aceptar lo que hay. El Sínodo se plantea

como un “proceso sinodal”, abierto a sorpresas, y abierto a la “Escucha en el Espíritu” que puede inspirar más allá de nuestras palabras.

El Documento preparatorio (nº 32) dice: *“Recordamos que la finalidad del Sínodo... no es producir documentos, sino “hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, aprender unos de otros y crear un imaginario positivo que ilumine las mentes, enardezca los corazones y dé fuerza a las manos”.*

Desde ahí empezamos por aportar nuestras propias experiencias comunitarias de fraternidad, sororidad y ayuda mutua; el funcionamiento participativo e igualitario de nuestras comunidades, de mujeres y hombres y de ministerios desclericalizados; nuestros compromisos en causas “no rentables” sociales y políticas; la celebración comunitaria de la fe festiva, creativa y vital; la reflexión de nuestra fe renovando la teología con apertura a nuevos paradigmas; una espiritualidad diversa, humanista, ecológica y mística, abierta a otras sabidurías...

Desde la realidad que vivimos, “soñamos” una Iglesia evangélica, profética, pobre y de los pobres, Pueblo de Dios y Comunidad de comunidades, inclusiva, democrática y feminista. Y por ello proponemos, esperamos o exigimos, el reconocimiento y práctica de los derechos humanos en la Iglesia, la igualdad de las mujeres en la Iglesia con voz y voto, la democracia, la no discriminación, la laicidad, la separación Iglesia-Estado, la autofinanciación, la educación crítica y liberadora, la superación del clericalismo, la renovación de la liturgia, y una Iglesia no auto-referencial sino al servicio del Reino de Dios.

El Sínodo, o proceso sinodal, es una ocasión (“kairós”) en primer lugar de “escucha”, y por eso aportamos nuestra experiencia y nuestras inquietudes. Entre las cuales está el toque de decepción de que no nos hagan caso, y de que las aspiraciones de buena parte del Pueblo de Dios se queden frustradas en cambios demasiado pequeños, como se

vio en el Sínodo de la Amazonia, y que denota el reciente documento (2023), con reticencias, sospechas y miedos ante algunos cambios propuestos: ordenación de mujeres, celibato opcional, democracia...

¿Ha valido la pena participar? Sí. ¿Que sea un punto de inflexión hacia una Iglesia Sinodal? No depende sólo de Roma, sino de la implicación de la gente. Es difícil que la Iglesia institución cambie sustancialmente, pero también hay instancias proféticas y evangélicas que hacen realidad otro modo de ser Iglesia. Sin esperar a que los cambios vengan de Roma, ya los estamos haciendo en las pequeñas comunidades. Hay muchos modos de ser Iglesia y se van abriendo camino. Son pasos pequeños pero significativos. El Espíritu sigue soplando y animando. “Esperanza” no es lo mismo que “expectativas”. Éstas no son muy halagüeñas, pero la esperanza subsiste tercamente.



EL MÉTODO ES EL MENSAJE

José Ramón López Goni

Acción Católica General, Zaragoza

La Iglesia católica está en continuo cambio. Ignorar la evolución de una institución plenamente integrada en el mundo es un error. La falta de visión histórica, más que el cristianismo que nos transmitieron, está en el fondo de nuestra percepción de inmutabilidad.

En 150 años, con una considerable aceleración en los últimos 60, se han modificado, total o parcialmente, la concepción del poder romano con respecto a la Iglesia universal, la “doctrina” sobre la participación en las elecciones y el significado de la democracia, la concepción de la libertad religiosa, el sentido de la justicia social, el fundamento del matrimonio (del remedio a la concupiscencia, mal entendido en Pablo, al amor y la igualdad entre los cónyuges), el cuestionamiento de la pena de muerte, de la carrera de armamentos y de la guerra o el cambio en la percepción de los abusos ¿Nos parece poco? Puede ser.

Es humana la pretensión de ser los únicos capaces de ver todo con claridad y de suponer que este momento es el peor (o el mejor) de la historia. No obstante, sólo podemos estar seguros de estar inmersos en este gran proceso, siempre en marcha, el cual no somos capaces de ver en su complejidad y totalidad. La actual edición del Sínodo es efecto y motor del mismo, uno más.

Vislumbro tres elementos fundamentales. La puesta en el centro del lugar de las mujeres está generando e impulsando transformaciones consecuencia de la realidad de una Iglesia mayoritariamente sostenida por ellas, que reclaman su justo lugar. Clama al cielo la consideración de ciudadanas de segunda en un pueblo de hijos e hijas de Dios. Una buena referencia sería acudir a los estudios históricos aconfesionales reveladores de nuestras predecesoras.

El formato de toma de decisiones da los primeros pasos para revelar el conflicto, pues ese es el trasfondo de la llamada a la escucha. No obstante ésta, por sí misma, no le puede dar salida. Debemos impulsar una visión de aquél como un lugar “donde podemos aprender sobre el discurso de Dios” y del disenso “como práctica transformadora que descubre exclusiones invisibles” y darle un cauce más allá de una patada hacia adelante o de un argumento de mera autoridad. En el cultivo de técnicas facilitadoras de formas nuevas de abordarlo disponemos de numerosos saberes de asociaciones intra y extra eclesiales.

El documento-síntesis de la diócesis es un ineludible punto de partida para la Iglesia local. Una encarnación de la realidad de la vinculación de todas las personas integrantes de la comunidad, incluido el obispo, un medio de plasmar

la realidad del principio de subsidiariedad: aquello que pueda abordarse en un nivel cercano no debe trascender más allá.

La Iglesia católica, como ha demostrado el Sínodo de la Amazonia, es diversa. Las dinámicas locales y plenamente participadas suelen adaptarse mejor a las problemáticas de su escala que la uniformidad diseñada en la lejanía. El reto y la responsabilidad, pues, son nuestras, y la respuesta a las tres cuestiones será, sin duda, las piedras de toque.

He participado en la fase diocesana del Sínodo desde un grupo de Acción Católica General. Ha merecido la pena. Están aflorando las resistencias derivadas de un disimulado desconcierto y de las inercias. Al mismo tiempo, valoro el proceso y de los símbolos.

Tanto o más importante que el contenido es cómo caminamos, pues nuestra percepción, emocional y racional, varía y nos sitúa de forma distinta según el escenario. El trabajo en grupos pequeños como aportación a una densa síntesis diocesana, luego estatal y continental. Sentir destellos de tu pensamiento agrupado con otros, en perspectiva universal de ida y de vuelta, significa mucho más que el mero contenido. La clave es sentirse concernido en el discernimiento que pretende edificar un consenso real. Éste consiste en un documento que no recoge el 100 % de las aspiraciones de nadie pero nos hace conscientes de las coincidencias, de los disensos y de las conclusiones que originan un problema de conciencia.

Los símbolos romanos son igualmente importantes: la “conversación en el Espíritu” en mesas pequeñas, sin atriles, sin tarimas desde las que mirar hacia abajo (y hacia arriba) genera por sí misma un potentísimo cambio de realidad, siquiera temporal. Cambiando de grupos con el fin de escuchar, entregar y recibir nuevos aportes. Con una persona facilitadora de la síntesis. Será más difícil ponerse por encima después de estas imágenes.

No me importa si uno de los horizontes es envejecer y morir, sino si tomamos las riendas de nuestra propia historia. El quid de la cuestión estará en resetear, sin ser una burda copia, el método y los símbolos garantes de una plena participación local en estructuras creadoras de tejido comunitario que contribuya, desde nuestro renovado ser cristiano, a construir una sociedad más espiritual, más justa y que sobreviva al, de momento, último cambio climático en el planeta Tierra.

Entre otras claves habrá que aprender de uno de los errores del Concilio Vaticano II, la carencia de organismos nuevos impulsores de las reformas (y la renovación o eliminación de los obstaculizadores), y modificar ministerios y estructuras en la marejada de fondo del proceso sinodal: el método es el mensaje. El cambio de sentido de la autoridad, de la colegialidad y de la plena implicación de todas las personas por el mero hecho de ser bautizadas tendrá su reflejo organizativo, no tengo ninguna duda. Pero “habrá que empujarlo para que pueda ser”.

LA RUAH SIGUE SOPLANDO

Ana López Floría

Mujeres y Teología de Zaragoza

¿LA IGLESIA PUEDE CAMBIAR REALMENTE?

Desde nuestra visión esperanzada de la vida, todo puede cambiar, sólo hace falta voluntad y oportunidad.

La Iglesia no deja de ser una institución humana y, como tal, creada por seres humanos. Y por lo tanto modificable también por ellos. Ojalá que también por ellas. Y aquí está el quid de la cuestión. En su gestación la Iglesia ha sido creada y regulada por varones, más o menos inspirados, pero que han adaptado la institución a su visión y concepción de sí mismos y del mundo, dándole todas las pretensiones de divinidad y trascendencia que queramos, pero al final respondiendo a su situación y sus necesidades. Todos aquellos pasos que posibiliten que las personas que tomen las decisiones sean variadas como la humanidad es variada, nos acercarán a producir cambios.

Para mí la clave es la apertura al Espíritu, que en último término está en la concepción del proceso sinodal. No se sostiene seguir manteniendo que el Espíritu sólo habla a través de un determinado número de personas, hombres, en su mayoría blancos y con alto nivel cultural. Alegar eso es querer ponerle

puertas al mar. Es incluso antievangélico, puesto que el mismo Jesús decía que la Buena Noticia muchas veces es mejor comprendida e interpretada por la gente sencilla, y que los dirigentes ponen pesadas cargas sobre la gente que ni ellos mismos pueden llevar. Lamentablemente esto lo constatamos con dolor cada día, entre escándalo y escándalo de abusos por parte del clero.

HACIA LA ASAMBLEA FINAL DEL SÍNODO EN 2024

Como Mujeres y Teología de Zaragoza hemos participado en el sínodo de dos formas. Una “oficial” siguiendo los cauces establecidos como un grupo sinodal más. Otra, a través de nuestra participación en el CWC (Catholic Women Council), que también ha presentado sus conclusiones al sínodo oficial y que va a organizar un Sínodo paralelo al que realicen los obispos en octubre de 2024. Hemos querido participar de las dos formas, si bien hemos invertido más tiempo y esfuerzo en la segunda vía puesto que a día de hoy creemos más en ella. Muchas de nosotras acumulamos experiencias de desgastarnos en procesos eclesiales de transformación que después de muchos esfuerzos nos



La Ruah sigue soplando, Javier Lacasta

han dejado en el punto de partida y una sensación de tomadura de pelo. Nuestras fuerzas son limitadas y nos hemos concentrado más en participar en un foro que cree en nosotras y en que nuestra voz debe ser escuchada. No obstante, también hemos querido dejar nuestra aportación por la vía oficial, porque creemos que es nuestra responsabilidad decir lo que creemos en donde se nos pregunta, y que luego ya queda a la honestidad del interrogador el ver si realmente preguntó con apertura a escuchar lo que se le tenía que decir, o sólo esperaba confirmar las respuestas que ya se había dado a sí mismo con anterioridad. Respecto a si este Sínodo será un punto de inflexión o no, lo cierto es que no lo sabemos. Lo que está claro es que es una oportunidad para

escuchar, y ojalá que no la desaprovechen por el bien de la Iglesia y de la humanidad en general. Ahora bien, el Espíritu, la Ruah como a nosotras nos gusta llamarle, sigue soplando y si no le dejan soplar por aquí, encontrará otro cauce, de eso estamos seguras y nos da esperanza.

PUEDE CAMBIAR LA IGLESIA

Javier Lacasta

Padre de familia, profesor
de religión. Y dibujante

El proceso sinodal en el que la Iglesia está inmersa apunta hacia la posibilidad de cambios reales y sustanciosos. El Concilio Vaticano II puso ya a la Iglesia en la tesitura de tener que definirse ante un mundo en cambio. “Iglesia ¿qué dices de ti misma?” fue la consigna que el cardenal Suenens presentó al finalizar la primera sesión del Concilio y que Pablo VI retomó en la inauguración de la segunda. En realidad, este proceso sinodal no sigue una intención muy diferente. Tal ejercicio de autodefinición no puede ser ajeno a una autocrítica sincera y efectiva. Todo cambio, por pequeño que sea, termina por implicar una transformación efectiva de la que, en realidad, se desconoce casi todo. Sabemos dónde comienza a rodar el canto; no dónde ni cómo acabará.

Lo cierto es que la Iglesia ha cambiado enormemente desde el comienzo de su historia. No hay nada más falso que el inmovilismo. La Iglesia que conocemos hoy es el resultado de una larga metamorfosis. Por mucho que algunos quieran presentarlo como lo que debe ser o lo que siempre ha sido, el orden que hoy conocemos como Iglesia no es, en absoluto, original. Y esto no es malo. Simplemente, la Iglesia se ha ido adaptando a las circunstancias y al momento en que ha vivido. Muchas

veces con buena intención y rectitud de corazón. Otras, no. Un historiador de la Iglesia podría dar cuenta de este proceso mucho mejor que yo; por lo tanto, callo.

Sin embargo, este dinamismo eclesial es positivo. Es natural. Pese a lo que muchos se empeñen en decir, la Iglesia no es una institución; es un organismo vivo. Y la vida está en el cambio y en la mezcla. Frente a la pregunta de si este organismo puede seguir mutando o no, habrá que decir que no sólo puede, sino que debe hacerlo. Que eso precisamente es lo indefectible y no lo contrario, porque eso contrario se corresponde más con la esclerotización y la momificación que con la vida que brota incesantemente por doquier. La Iglesia, pueblo de Dios, está llamada a asemejarse a ese Dios del que es imagen y Dios es amor y el amor implica negar la inmutabilidad pues el primer paso del amor siempre es dejarse afectar por el otro. Sabemos que Dios nos ama porque se ha acercado a nosotros y se ha hecho nuestro compañero de camino; no porque desde la distancia nos rocíe con una lista de normas cuyo cumplimiento nos haga dignos de acercarnos a él.

Así pues, que la Iglesia cambia es innegable. Ocurre, eso sí, que no siempre cambia a gusto de todos. Y

también es posible que vaya cambiando a peor. Que en sus adaptaciones haya perdido fuelle, o mordiente, para adaptarse al mundo a costa de su propia autenticidad. Éste es el problema y éste es el cambio que hay que revertir. Es difícil poner de acuerdo a todos, y, sin embargo, qué pocas cosas son irrenunciables. Como ya dijera aquel santo obispo: en qué pocas cosas se nos exige unidad y cuánto espacio para amar.

Hasta aquí no se ha dicho nada nuevo y lo interesante es, precisamente, aportar. Por eso, ya que se preguntaba por cosas que podrían hacerse para facilitar cambios que originen una nueva realidad eclesial, comenzamos poniendo sobre la mesa una palabra tan contundente como **desministerialización**. En la Iglesia se llama ministerio a cualquier servicio ejercido de forma oficial; con un encargo expreso y concedido de forma ritualizada, es decir, sacramentalizada, de tal manera que se subraya la relación y cooperación directas que ese oficio tiene con la obra de Dios mismo. El problema no aparece con la función, ni con la forma de actualizarla, sino con la manera en que esa función se ejerce. En la historia de la Iglesia ha sido corriente que los oficios pasasen a desempeñarse de forma inapropiada de modo que se transformaran en una expresión autoritaria y no una muestra de responsabilidad. No puede negarse todo el bien que muchos ministros han desparrramado sobre los cristianos en 2.000 años de historia y también hay que admitir que posiblemente era ésta la organización que se requería. Sin embargo, esta estructura nos convenció de que,

en primer lugar, existen tareas exclusivas que nadie más puede desempeñar y de que, en segundo lugar, la solución a los problemas de escasez pasa por extender la ministerialización a todo el organismo. Si con esa ampliación se consigue incrementar la capacidad de respuesta y se logra que un mayor número de personas asuma un compromiso concreto por servir a los demás, habrá sido un buen esfuerzo. Si, por el contrario, crece la concepción elitista todo será en vano. Por otro lado, este incremento en el número de ministros y ministras viene también motivado por la necesidad de mantener un orden que hoy en día se revela insostenible. En la medida en que tan sólo se ministerialice a hermanas y hermanos con la pretensión de mantener este orden, todo ese esfuerzo y dedicación será estéril.

De la mano de esta primera palabra viene otra que ya se ha insinuado en un párrafo anterior: **desinstitucionalización**. La Iglesia es una realidad orgánica; es un ser vivo. No puede asemejarse a ninguna estructura conocida. El antiguo pueblo judío quiso ser lo que no era; quiso tener un rey y Dios terminó cediendo a sus pretensiones, aunque la experiencia no siempre fue positiva. Lo bueno es que la esperanza y sentimiento de pueblo sobrevivieron a la catástrofe. Ese mismo sentimiento de pueblo rebrotó con fuerza en el Concilio y no ha sido vencido aún por el desencanto ni por la pretensión de inmovilismo. El pueblo es ahora llamado comunidad o familia. La Iglesia es la familia que amándose y amando a todos los demás corresponde al amor que Dios ha derramado sobre ella. Es en esta familia, en

su expresión concreta y cotidiana, donde reside la capacidad de decisión y de sacralización; es ella la que, en conjunto, ejerce cualquier ministerio de forma colegiada. Es ella la sembradora que no espera recoger, porque la confianza está puesta en la semilla que es la Palabra de Dios, predicada más en el silencio de una vida ejemplar en la que todos puedan ver cómo se aman, que desde grandes discursos.

A partir de este amor sencillo y en la medida en que se esté atento a no caer en errores anteriores, propios o ajenos, irán surgiendo cambios efectivos que hagan de la Iglesia una realidad útil en la que quien lo necesite pueda refugiarse. La Iglesia no se construye para sí misma sino para los demás. Esa dedicación no se dirige a llenar espacios de ocio en el fin de semana, sino a cobijar

cualquier necesidad real. Existen diversas periferias y en cada una de ellas se dan distintos tipos de necesidades pero todas ellas hacen a las personas hermanas; no puede ser real una reparación que no te haga volverte hacia los demás. Así pues, la familia eclesial debe redescubrir, mediante el cultivo de valores que no son de este mundo, su **potencial sanador** de forma que cualquier necesidad encuentre amparo en ella y sea satisfecha de forma solidaria y comprometida con los demás.

Es posible que la comunidad desmisterializada, desinstitucionalizada y potencial y efectivamente sanadora conviva con formas eclesiales que, por cualquier causa o convicción, no quieran ceder terreno y se empeñen en reformas que no acaben de incidir en la médula central del problema humano



La sembradora, Javier Lacasta

del momento. Tampoco esto es nuevo pues esta coexistencia se ha dado siempre en el seno de la Iglesia. Tal como ocurrió en Israel, a lo largo de los siglos, han surgido en este nuevo pueblo figuras carismáticas que han ido reorientando su marcha entre los laberintos de la realidad, asegurando con ello la presencia de un resto siempre fiel a la voluntad de Dios. Se ha dado así una coexistencia en la que mientras este resto vivía verdaderamente y, verdaderamente, daba vida a aquellos con quienes se encontraba, los demás simplemente, subsistían imponiéndose por la fuerza o pactando a cambio de seguridad. Pese a las teorías que van surgiendo, estamos lejos de imaginar el futuro de la Iglesia. Lo que sí queda claro es que en nuestra mano está la capacidad de dejar espacio al **Espíritu** para que pueda impulsarnos hacia esas necesidades, algunas ya conocidas y otras nuevas. En el fondo no nos hacemos a nosotros mismos sino que, en comunidad nos dejamos construir por el aliento que nos guía en nuestra trascendencia.

Dejar espacio es una buena metáfora. Donde ya no hay sitio no cabe nada más. Hacer hueco es crear momentos para la escucha y la experimentación, por repulsiva que pueda parecer esta palabra. Hay que probar. La vida es pura experiencia y lo que sirve aquí puede no arreglar tanto allí. Por eso este nuevo pueblo, esta familia, debe ser también **diversa**, tal como ya lo es en muchos aspectos. La variedad es síntoma de vitalidad y es señal de adaptación a la realidad. El mundo es un escenario fantástico, pero no es uniforme. La evolución no se dio por aburri-

miento sino por la necesidad de adaptación. Es el mecanismo que la vida tiene para perpetuarse. Puede que el ser humano esté ya libre de los embates selectivos de la ley natural, cosa que comienza a ser discutible y puede llegar a ser falsa si no pone más cuidado en preservar su hábitat, pero de lo que no se ha podido librar es de la pujanza de diversos sistemas sociales y culturales que se superponen unos a otros originando una convivencia compleja que genera pobreza, desamparo y exclusión. La diversidad de la familia tiene por objeto salvaguardar la integridad física y espiritual de todos los que quedan al margen de esta sucesión de sistemas que la vanidad humana conoce como progreso.

Concluimos ya resumiendo que un cambio efectivo tiene, en nuestra opinión, estas citas ineludibles: la desministerialización que pueda borrar el ejercicio exclusivo y personalista de cualquier oficio; la desinstitucionalización que permita reconocer al Pueblo de Dios como realidad orgánica y humana abierta a todos; el cultivo de la capacidad sanadora que le conceda una utilidad pública a los ojos de los hombres y de Dios; la apertura al Espíritu como expresión y fruto de nuestra disponibilidad y, finalmente, el cultivo de la diversidad capaz de amoldarse a cada corazón en un acercamiento vital y dinámico. Sintetizando más aún, deconstruir primero, salir en busca de los heridos en segundo lugar; dejarse guiar por el Espíritu en esa búsqueda y en la construcción de soluciones y realidades concretas que sirvan al ser humano del momento, renunciando a presentar soluciones universales.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS EN TORNO AL PROCESO SINODAL

Fausto Franco

Sacerdote misionero, Zaragoza

¿Has participado en el proceso sinodal, si o no? ¿Por qué?

He participado y con gran interés. A lo largo del curso 2021-2022, formé parte de un equipo de seis o siete sacerdotes, y también participé en un grupo de laicos donde se hizo ese camino de consulta sincera y de escucha atenta.

En el año 2015, al conmemorar el 50 aniversario de la institución del Sínodo de los obispos, el Papa Francisco afirmó que *"el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio"*. Ya entonces me pareció que tal afirmación encerraba una fuerza explosiva. Más tarde, cuando en mayo del 2021 se publicó el anuncio del Sínodo y cuando se hizo notar que no iba a ser un Sínodo al uso, sino que se abría un Proceso Sinodal en el que todo el Pueblo de Dios estaba llamado a participar activa y libremente, me llené de una gran alegría. Desde ese momento, no dudé en poner todo el empeño y aprovechar al máximo esta oportunidad excepcional de cara a la renovación-reforma de la Iglesia.

¿Cómo has visto el proceso sinodal desde fuera?

Desde fuera y desde dentro, lo he visto con luces y sombras. El proceso sinodal, a través de la escucha activa, ha servido para percibir mucho mejor las sombras existentes en la Iglesia. Y esto,

en mi opinión, ha sido ya muy positivo. No es posible corregir lo que no se reconoce. Muchas de las sombras vienen de lejos. La inmensa mayoría de católicos fuimos educados dentro de un cristianismo bastante superficial y anecdótico. Nacimos y hemos crecido bajo el peso de toda una serie de usos y costumbres propias de épocas pasadas; y tales modos y esquemas, a pesar de su escasa hondura evangélica, han ido adquiriendo a lo largo de los siglos la categoría de inalterables y definitivos. Habría que añadir que en la trastienda de todo lo anterior nos encontramos con la plaga del clericalismo, donde el poder ha suplantado al servicio. De ahí la acomodación y pasividad de tantos cristianos que se han sentido ninguneados durante demasiado tiempo. Desde otra vertiente, habría que tener en cuenta el inesperado golpe de la pandemia, la guerra de Ucrania que ocupó durante meses la atención de los medios de comunicación y, últimamente, el terrorismo de Hamás y las masacres del ejército de Israel en Gaza. Como resultado de tantos factores, creo que el mayor obstáculo con que ha topado el proceso sinodal ha sido un desinterés real, no sólo de los cristianos de a pie sino también de obispos, sacerdotes y diáconos que no ven la gravedad del momento presente o tienen un gran miedo al cambio y a

perder privilegios.

¿Crees que ha valido la pena?

Aunque he resaltado la influencia de las sombras que han oscurecido el camino del proceso sinodal, quisiera señalar que en el reconocimiento de las sombras está ya presente el comienzo de una luz aparentemente pequeña, pero que abre el horizonte hacia metas inéditas e insospechadas. Si el Profeta Isaías estuviera hoy aquí, junto a nosotros, nos diría: *"Algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis?" (Is.43,19)*

En relación con esta pregunta, bastantes comentarios sobre la primera sesión sinodal afirman que ha sido una pérdida de tiempo, otros dicen que "para este viaje no se necesitaban alforjas". Yo estoy convencido que esta primera sesión e incluso todo el proceso sinodal podría haber sido mucho mejor y que podrían haberse dado pasos más concretos. No lo dudo. Pero creo que ha valido la pena lo conseguido hasta aquí. No todos los coches pueden correr a la misma velocidad. Se han plantado semillas para reconocer de manera efectiva la igualdad fundamental de todos los bautizados y para poner en marcha un nuevo modo de vivir esa igualdad. Es preciso reconocer que no sólo "los otros" tienen que cambiar. Yo también necesito crecer en comprensión de otras posturas con las que no me identifico, pero sin perder el empuje para seguir cuestionando lo que me parece estar equivocado o menos acertado. A nadie nos agradan las imposiciones. Por tanto, a todos se nos pide una paciencia activa que nunca equivale a cruzarse de brazos.

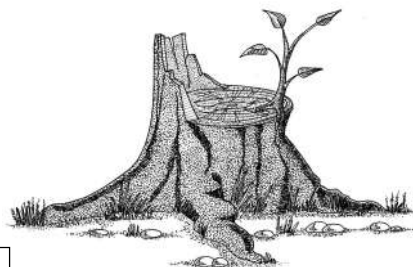
Brote nuevo, Javier Lacasta

¿Tienes esperanza de que en 2024 se pueda dar algún paso definitivo?

No cabe duda alguna. Si yo no tuviera esa esperanza, hace tiempo que me habría desapuntado de este negocio. Ojo. Pero mi esperanza no equivale a poseer datos cuantificables dentro de mi bolsillo; más bien, es una apuesta arriesgada, cuento con otras fuerzas y otros pensamientos además de los míos; me siento también respaldado por la acción misteriosa del Dios en quien he confiado a lo largo y ancho de mi vida. Una confianza que admite los posibles fracasos. Sigo creyendo que merece la pena renovar la firma. Sólo así podremos ver que nuestros sueños no son imposibles, no son una quimera.

¿Crees que este sínodo va ser un punto de inflexión en la tendencia al envejecimiento y a la extinción de la Iglesia Católica en Europa, o crees que la suerte está ya echada de un modo irreversible? ¿Por qué?

Una cosa es la extinción de la Iglesia Católica y otra diferente la desaparición progresiva de unos moldes de Iglesia que no tienen porque durar siempre. De los viejos troncos, aparentemente sin vida, pueden nacer y de hecho nacen brotes nuevos que ocupan el lugar del viejo y continúan dando frutos de vida.



MI SENCILLA OPINIÓN DEL SÍNODO

José María Francia Bartolomé

Laico comprometido en el proceso sinodal de base parroquial, Ex-presidente del Mov. Familiar Cristiano (Dioc. Tarazona), Ex-portavoz Familia Cristiana de Aragón en la Asamblea Nacional de Madrid

Es satisfactorio el poder dar cuenta de una opinión sobre la situación actual del Sínodo de la Iglesia Católica, 2021-23, que convoca al Pueblo de Dios para discernir sobre la sinodalidad en la Iglesia, en comunión y participación activa de todos los creyentes hacia la misión.

Desde mi situación de laico maduro, con experiencia de bautizado, y habiendo participado en los últimos años en las síntesis párroco-diocesanas del Sínodo, así como responsable de grupos de fe y vida (VITA) parroquiales, y miembro activo de Manos Unidas, me permito opinar responsablemente sobre el recorrido mismo de este Sínodo actual que tenemos, de su importancia y conveniencia para la Iglesia Universal.

En primer lugar, quiero dar cuenta de la división de pareceres entre partidarios del éxito del Sínodo y su contrario negacionista. Llamémoslo como queramos y pongámonos como nos parezca, ésta es la situación de la primera parte del Encuentro, terminada el 29 de octubre pasado y caminando hacia la segunda, que acabará, Dios mediante, en octubre de 2024.

Personas que lo consideran, al Sínodo, como una 'frustración' por no acercar

más la Iglesia a los hombres; dudando de la 'corrección de los obispos', 'si se dejan'; solucionando todos los problemas teológico-pastorales mediante sólo el mero 'estudio'; 'estancamiento eclesial', cuando la ciencia prospera sin cesar; catequesis 'infantilicia'; 'clericalismo' (sacerdotal) sin solucionar, aun en los jóvenes, y criticadísimo por el Papa Francisco desde hace tiempo; la Iglesia 'no rompe' con su rutina pastoral, intelectual, episcopal, litúrgica, etc.; 'pérdida de ilusión' en los que buscan una renovación profunda; ¿cómo no asume, la Iglesia, lo que hay que cambiar?...

Los más entusiastas negativos alegan que el Sínodo no cambiará nada, pero que la situación de la Iglesia cambiará, aunque sin saber cuándo. Están situados en una posición parecida a la judeocristiana de espera sin saber cuándo.

Los que piensan que el fracaso del Sínodo es poco menos que irreversible, y que la suerte ya está echada, se preguntan por qué nos pasa esto y cómo se podría salir de este atolladero (con dirección ya establecida, o no, no lo sabemos). ¿Qué torre de Babel tenemos encima?

Por el contrario, existen voces autorizadas en las que lo opuesto sería lo correcto. Así, oímos la musical melodía de la 'armonía de la unidad', de la 'bella sinfonía' en medio de la diversidad, vivida en el Sínodo; 'profundamente consensuado'; siendo el Espíritu Santo, (coinciden muchos participantes), el que siempre crea estos 'momentos extraordinarios', marcado por la 'alegría y el espíritu de comunión'; '¿comprendes que no se trata de imponer lo que uno quiere, sino de ver lo que la Iglesia necesita?'; 'nos hemos escuchado mucho'; 'Comunión sí, uniformidad no'; 'la Iglesia tiene que aprender a vivir en un proceso pascual continuo, y eso implica morir a muchas cuestiones que ya no encajan en el siglo XXI'; en el diálogo, surgieron la 'oración y la discusión', que caracterizaron estos días, dicen algunos; y que el espíritu conciliar se dejó sentir, también, al considerar que el Sínodo debería ser un 'desarrollo del Vaticano II'; y que 'el Derecho Canónico hay que leerlo a la luz del Evangelio y no al revés', dicen otros.

En fin, y por lo que estamos viendo, nos preguntamos: ¿no hay consenso en el Sínodo?, ¿no hay consenso en los medios de comunicación?, ¿tampoco en la gente externa al Sínodo que lo oye o lo lee? Vayamos, pues, teniendo en nosotros un atisbo de doble reflexión, libre y personal, para tomar cartas en el asunto de una forma responsable y cristiana.

La primera reforma, o renovación interior por hacer en nosotros, sería la de las actitudes personales de cada uno, al analizar las estructuras de la Iglesia

en términos eclesio-parroquiales. Las primeras en reformar o renovar serían las 'inservibles', por peligrosas para la gente y que están, siguen estando, porque nadie las ha quitado antes y cambiado por otras.

Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente, las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. También sin vida nueva, cualquier estructura nueva se rompería en poco tiempo (Papa Francisco).

La conversión pastoral de la persona es anterior (y necesaria) a la conversión pastoral de las estructuras parroquiales. Si no se da la una, no se da la otra. Y si no están todas las estructuras en clave misionera, incluida la parroquia, no habrá misión posible o la habrá deficiente. En pocas palabras, estamos queriendo decir que para que exista y se produzca el cambio, que nos parece costoso, deberemos convertirnos primero, y de forma personal. Sin ello, no será posible el ansiado cambio que deseamos para la Iglesia y sus estructuras 'inservibles' seguirán ocasionando daño.

Para el cambio de la Iglesia se necesita, además de la conversión personal, de la que ya hemos hablado, que toda la reforma de estructuras que exige la conversión pastoral se entienda, extienda y dirija hacia la evangelización, porque 'la Iglesia existe (está) para evangelizar' y 'evangelizar es la misión esencial de la Iglesia' (Pablo VI).

La labor de transmitir, de trasladar estas nuevas estructuras en formas

nuevas, del mensaje del Sínodo a la gente que está fuera del recinto es muy importante, porque si no se hace se pierde. Y todo lo hecho no sirve de nada o de muy poco.

Comenzaríamos recogiendo en la Parroquia los contenidos principales del Sínodo, preparados y enviados por la Diócesis y trabajados en los grupos ya hechos o por crear, para la formación personal y comunitaria de los feligreses, en el sentido de discípulos misioneros con dirección de 'salida'. Ésta, pues, sería la forma o una de las formas de aprovechamiento más útiles del Sínodo.

A sabiendas de que: “La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará”.(Y. Congar).

Estos grupos serían los encargados de vivir el mensaje del Sínodo en su persona y comunitariamente, poniéndolo en práctica en lo cercano y en lo lejano. Con programación evangelizadora hacia el 'barrio', y salidos desde sus distintos estamentos eclesiales y modos, educativos, pastorales, sacramentales, etc. que forman su estructura.

VISIBILIZANDO LA “IGLESIA EN SALIDA”

Carmen Bel

Religiosa Vedruna, Murcia-Valencia

Para mí, la experiencia del Sínodo de la sinodalidad ha sido una experiencia muy positiva. En mi opinión, ha sido un éxito rotundo, porque ha verificado y visibilizado la «Iglesia en salida», que era el objetivo fundamental de este Sínodo. Ahora nos toca a las bases llevar a cabo todo aquello que se ha hablado en el Sínodo, los cuestionamientos que se han hecho, las propuestas, la falta de compromisos. Todo eso, dependerá ahora de que, nosotros, las comunidades de base, tanto familiares como religiosas y de todo tipo, llevemos a cabo lo que reivindicamos y lo que pretendemos. Sólo así la Iglesia cambiará. Estoy convencida de que esto no ha sido un

vacío, sino que, al contrario, el Sínodo ha abierto un espacio de participación, de colaboración, de relación... que no puede quedar en el vacío. Eso ahí está y eso debe continuar.

Me parecen dos actitudes necesarias para todo el pueblo de Dios: la itinerancia y la permanencia. Itinerancia en el proceso, no quedarnos en un punto, permanecer en el proceso y continuarlo. Mi participación no ha sido presencial, pero ha sido muy intensa a través de todas las noticias que se iban transmitiendo y comunicando. Lo he ido siguiendo con mucho interés y con mucha esperanza.

SERÁ UN CAMBIO LENTO, PERO SERÁ

¿LA IGLESIA PUEDE CAMBIAR REALMENTE?

Por supuesto, puede y debe, siempre orientada por el espíritu y el Evangelio. Las personas que tenemos en el inconsciente todos esos prejuicios vamos a ir muriendo. Se trata de que las nuevas generaciones no los hereden. Será un cambio lento, pero será.

Para avanzar y dar pasos ya... oración y confianza en el espíritu. Y sobre todo, valentía.

¿Es posible el cambio? Si la Iglesia renuncia a sus posesiones –donándolas a los poderes públicos, a ONGs sólidas, a Ayuntamientos, Universidades públicas, etc.-, aunque siga usándolas en lo que necesita mediante los pertinentes acuerdos; si renuncia a sus acuerdos con el poder político y deja de apoyar a determinados partidos políticos,... el cambio vendrá rápido. Lo malo es que posiblemente la Iglesia al leer algo así se ponga triste y se vaya..., porque es muy rica.

Esto es básico para el cambio, tanto de puertas adentro como de puertas afuera.

HACIA LA ASAMBLEA FINAL DEL SINODO, 2024

Mi experiencia: en clima de oración se han ido exponiendo muchos asuntos que necesitan cambio. Se han recogido muchas propuestas. Parece que en los documentos finales el asunto trabajado versa sobre el método de la sinodalidad, y las propuestas no se han recogido. ¿Tal vez se haya visto la necesidad de ir más despacio? O de evitar confrontación? No lo sé.

Pero el cambio ha de ser también en cada uno de nosotros, y en eso creo que al menos en mí, el proceso sinodal ha tenido algo de efecto. La mejor forma de extender nuestro mensaje es mediante actos de renuncia, de donación de bienes materiales. Y de renuncia a la asociación de la jerarquía con el poder, a la manipulación política y a la mezcla de los que es de Dios con lo que es del César.

SIEMPRE LA ESPERANZA

He participado sintiéndome miembro de la Iglesia y en la responsabilidad y la alegría de que todo el Pueblo de Dios podíamos compartir nuestros deseos, frustraciones, desencantos, sueños y esperanzas.

Desde fuera, la visión de que una gran mayoría de personas no se han enterado de lo que estaba pasando, o

no saben muy bien qué es eso de la sinodalidad, o pasan totalmente de todo lo que sea Iglesia, o “para qué” si nada va a cambiar. Escepticismo de unos y reticencia y rechazo de otros: la Iglesia va bien, no necesita que cambie nada. A su vez, grupos minoritarios o personas a nivel individual lo han asumido incluso con entusiasmo y gratitud. La hora de los laicos, tan

repetida, la voz de los sin voz, la acogida a todas las personas marginadas y “diversas” en la Iglesia, el poder afrontar situaciones silenciadas, el ser tomados en cuenta. He podido compartir muy diferentes actitudes. Esta gran diversidad, para mí, ha sido una confrontación y una inmersión a veces dolorosa pero esperanzadora en el océano de la diversidad de la Iglesia.

Aunque aparentemente parece que ya ha terminado el proceso sinodal, sin duda, ha merecido la pena, porque hemos dialogado, hemos aprendido a escuchar sin interrumpir con nuestra respuesta, hemos abierto los ojos a realidades de trastienda, juntos. Hemos rezado y reflexionado juntos, diversos nosotros también como grupo.

Ojalá sea significativo, lo cual no quiere decir que sea deslumbrante, radical y que cambie a nivel global

nuestro ser Iglesia. La significatividad la veo a nivel de conversión personal. El compartir en grupo me ha servido de espejo. Quizá la crítica general es fácil y justificatoria, pero a nivel personal vivo la mediocridad y falta de compromiso, por lo que debo empezar por mí misma...

Sin duda este Sínodo dará su fruto. Demasiada “movida” para que quede en nada. Visiblemente, el hecho de dialogar “en una mesa redonda” eclesiásticos, laicos, mujeres, religiosos ha sido ya un gran paso.

Siempre la esperanza. Sociológicamente vivimos una realidad de envejecimiento y falta de jóvenes que irradian Vida, pero el Espíritu lo sondea todo y lo renueva todo. Nuestro trabajo es abrirnos a su Voz y pedirle Luz y Fortaleza para asumir retos con valentía. Y no estamos solos.

¿Qué queremos hacer nosotras desde aquí? Es importante empezar a hacer algo que se vea desde fuera, que algo está cambiando, algo que tenga impacto. Hay que establecer el OBJETIVO. Si reclamamos participación, tiene que haber una CONVERSIÓN personal para empezar a participar y actuar. Podrían ser puntos de partida:

- **Acoger e integrar a quienes se acercan a nosotros y salir al encuentro de las personas ausentes.** Objetivo: Hacer el bien y de paso evangelizar; ofrecer participación.
- **Manera renovada de celebrar la fe.** Objetivo: permitir una expresión más actualizada, participativa y viva en las celebraciones sin perder la esencia.
- **Aprovechar el tirón del gran protagonismo de los laicos reflejado en el Sínodo.** Objetivo: comunicar la IMPORTANCIA de la participación y OFRECER esa participación, no como ayuda sino como “transformación cultural”: acción en la que JUNTOS definimos la estrategia.
- **Parroquias abiertas al barrio.** Objetivo: que la gente pueda hablar, que se genere un canal de escucha.

COMUNICAR todo lo que hagamos e INVITAR A PARTICIPAR. Es muy importante CÓMO SE COMUNICA. Para ello, primero hay que ESCUCHAR.

SUPUESTOS INCUESTIONABLES QUE LASTRAN EL SÍNODO.

Santiago Villamayor

Aportación personal a la “conversión”
que nos pide el Sínodo

La Iglesia ya ha cambiado: gran parte de los fieles se han ido. Ya están fuera de esa construcción histórica pretendidamente fundada por Jesús de Nazaret. Cooperan con el Reino en distintas coordenadas. Y algunos se ha recluso en la tradición fundamentalista.

Aun así el relato Jesús sigue muy vivo. A pesar de las masacres, del sistema ecocida y de las maldades individuales los valores evangélicos impregnan el mundo. La ola ha inundado la playa y su sal se ha disuelto en la arena y ha penetrado la tierra. En dos mil años, las personas, las instituciones y la moralidad han salido de la selva, del ojo por ojo. El amor al enemigo o el perdón de siete veces siete es ya considerado universalmente como una llamada de máximos necesaria para garantizar la reciprocidad democrática. Y de un modo libérrimo, sin convencionalismos coercitivos.

Otras personas estamos al tresbolillo, con un pie fuera y otro dentro. Porque estamos en tránsito, saliendo con la mejor voluntad del mundo del gran error dogmático, ritual y literalista en que se quedó la Iglesia. Una de sus expresiones ambivalentes es este Sínodo.

Caminamos juntos hacia una humanidad nueva, bioecocéntrica, feminista, igualitaria y fraternal pero seguimos enclaustrados en un conjunto de supuestos doctrinales que chocan con la cultura, la ciencia y los modos de vida actuales, Y no sabemos o queremos cambiarlos. unas veces por exceso de fidelidad autocomplaciente, otras por la tozudez de la inseguridad, por la búsqueda de poder o por lo que sea.

Jesús de Nazaret ha salido del mito divino y de las anécdotas biográficas. No es el Hijo del Dios greco-judío sino de modo simbólico y aun así. Y el término Dios está cambiando de nombre. Más que un ente arriba todopoderoso y vigilante es la incesante creación de bondad y belleza de la realidad. La Biblia y otras revelaciones similares son puestas en cuestión. Hoy los profundos anhelos humanos y los múltiples nombres de lo inasible van convergiendo en muchísimas personas en una interioridad sin nombre, social e íntima. En la praxis de la justicia y la paz, en una como Internacional de la esperanza.

El Sínodo se queda corto para este cambio. Está lastrado por presuposiciones absolutistas que impiden la

conversión. La sinodalidad o va en esa dirección posreligional y postsecular o acrecentará la desafección.

No es una profecía asesina sino una llamada para desenmascarar los supuestos incuestionables que nos lastran.

Enumero algunos de esos supuestos:

1. **La lectura literal de los textos evangélicos y en general de toda la Biblia** obviando su naturaleza simbólica y la exégesis más actual.
2. **La concepción dogmática de la verdad**, no fundada en el humilde ejercicio de la razón crítica sino en la soberanía de una comunicación particular y sobrenatural o Revelación convertida en palabra absoluta de Dios.
3. **Una concepción todavía medieval de las relaciones entre la fe y la razón** basada en la supremacía de la fe y la marginación del conocimiento científico.
4. **Una comprensión sobrenaturalista** del mensaje evangélico, del ser humano y de la realidad **que conlleva un acentuado dualismo**.
5. **Una concepción jerárquica del seguimiento de Jesús** incuestionable y emanada directamente de la revelación divina y por tanto negativa frontal a la democracia en la toma de decisiones, organización y gobierno de la iglesia.

6. La descendencia directa y sobrenatural de los apóstoles en los obispos. Lo que conlleva la atribución a los obispos de la máxima autoridad y de la prevalencia en el discernimiento.

7. La superioridad de la ley divina particular y del derecho canónico sobre el consenso de la ética y los derechos humanos, entre ellos la igualdad de la mujer y las libertades individuales.

8. Una concepción del cristianismo como religión, respetuosa de las demás pero prevalente, y como institución paralela y de rango superior a las instituciones civiles.

10. La identificación categórica de un Ser Supremo, asible por la mente humana de modo concreto con especiales atributos e intervenciones extrínsecas en la historia y en la naturaleza al margen de su natural dinamismo.

Éstos y otros supuestos parecidos afectan a lo esencial de la tradición cristiana y en su desenmascaramiento puede radicar la sinceridad del diálogo y de la conversión.

A pesar de todo merece la pena convocar y compartir.

El cambio de la iglesia repercute de modo muy importante en el cambio tan deseado del sistema capitalista, provocador de la desigualdad, del odio y de la depredación del planeta.

POR UNA IGLESIA SINODAL Y MISIONERA, LOS PASOS HACIA EL SÍNODO 2024

Vatican News, 12 diciembre 2023

Mes y medio tras la conclusión del Sínodo'23, cuando estábamos cerrando este número de OCOTE, el Vaticano, por los cardenales Grech y Hollerich, ha publicado las esperadas «orientaciones» para el trabajo sinodal de los grupos y comunidades en el corto tiempo que queda hasta la Sesión final, en octubre de 2024. Por su interés para la orientación del trabajo de las comunidades, lo resumimos aquí.

Continúan los trabajos del Sínodo sobre la Sinodalidad con vistas a la sesión conclusiva de octubre de 2024, y las Iglesias están llamadas a reflexionar sobre el documento de síntesis publicado el pasado mes de octubre, a promover nuevas consultas y a preparar contribuciones para los trabajos del próximo año. Los obispos de todo el mundo han recibido de la secretaría del Sínodo un documento de cuatro páginas acompañado de una carta de los cardenales Mario Grech (secretario general) y Jean-Claude Hollerich (relator general).

El documento subraya en primer lugar la importancia de la experiencia vivida por los miembros del Sínodo, recordando que *"su relato puede transmitir la riqueza de una experiencia que ningún texto puede condensar y que, en cambio, constituye una parte irrenunciable del don que hemos recibido"*. A continuación, se explica que el proceso sinodal seguirá determinadas líneas. Se precisa, citando palabras pronunciadas por el Papa Francisco al aprobar este documento, que *"el Sínodo trata sobre la sinodalidad y no de un tema u otro... Lo importante es cómo se hace la reflexión, es decir, de manera sinodal"*.

Respecto a cada uno de los temas que han surgido hasta ahora, el documento subraya que algunos de ellos *"deben ser tratados por toda la Iglesia y en colaboración con los Dicasterios de la Curia Romana, como, por ejemplo, el estudio preliminar con vistas a la actualización"* del Código de Derecho Canónico, de la *Ratio fundamentalis* sobre la formación de los ministros ordenados o la profundización de la investigación teológica y pastoral sobre el diaconado y el acceso de las mujeres al diaconado. *"Como fruto de los trabajos de una Asamblea sinodal, se presentará al Santo Padre una lista de estos temas. Sobre los que él indique, se convocará a grupos de expertos de todos los continentes para trabajar, con la implicación de los Dicasterios competentes de la Curia Romana, en una dinamización eclesial coordinada por la Secretaría General del Sínodo"*. En la sesión de octubre de 2024 se presentará un informe sobre la marcha de estos trabajos.

La cuestión fundamental indicada para continuar los trabajos es: *"¿Cómo ser una Iglesia sinodal en misión?"*. El objetivo es identificar los caminos a seguir y los instrumentos a adoptar para

"potenciar la originalidad de cada bautizado y de cada Iglesia en la misión única de anunciar al Señor resucitado y su Evangelio al mundo de hoy". No se trata, por tanto - afirma el documento-, de limitarse al plan de mejoras técnicas o de procedimiento que hagan más eficaces las estructuras de la Iglesia, sino de trabajar en las formas concretas del compromiso misionero al que estamos llamados, en el dinamismo entre unidad y diversidad propio de una Iglesia sinodal.

A este respecto, se cita el número 27 de la *Evangelii gaudium*, texto programático del pontificado: "*Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la autopreservación. La reforma de las estructuras que exige una conversión pastoral, sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras...*".

La pregunta orientadora se abordará a dos niveles, tomando siempre como referencia el Informe de Síntesis. En el nivel de las Iglesias locales, ¿cómo potenciar la corresponsabilidad diferenciada en la misión de todos los miembros del Pueblo de Dios? ¿Qué modos de relación, estructuras, procesos de discernimiento y decisión respecto a la misión permiten reconocerla, configurarla, promoverla? ¿Qué ministerios y órganos de participación pueden renovarse o introducirse para expresar mejor esta corresponsabilidad?". En el

plano de las relaciones entre las Iglesias y de la relación con el Obispo de Roma, ¿cómo pueden "*articularse creativamente estas relaciones para encontrar 'un equilibrio dinámico entre la dimensión de la Iglesia en su conjunto y sus raíces locales'*"?. A partir de la pregunta orientadora y de los dos niveles que se acaban de indicar, se invita a cada Iglesia local a llevar a cabo una ulterior consulta.

No se trata, sin embargo, explica el documento, de volver a empezar de cero ni de repetir el proceso de escucha y consulta que caracterizó la primera etapa. En esta etapa, además de los órganos de participación en el nivel diocesano y del equipo sinodal ya constituido, será importante implicar a personas y grupos que expresen una variedad de experiencias, competencias, carismas, ministerios dentro del Pueblo de Dios y cuyo punto de vista sea particularmente útil para centrarse en el "cómo". Se invita a la participación de expertos teólogos y canonistas, así como de instituciones académicas en la materia.

Tras recoger las aportaciones de las diócesis, las Conferencias Episcopales "tienen la tarea de preparar un resumen de una extensión máxima de 8 páginas, que se enviará a la Secretaría General del Sínodo antes del 15 de mayo de 2024. A partir del material así recogido, se redactará el *Instrumentum laboris* de la Segunda Sesión". También se invita a las Iglesias locales "*a recorrer todo el Informe de síntesis y a recoger las peticiones más acordes con su situación*". Sobre esta base, "*podrán promover las*

iniciativas más adecuadas para implicar a todo el pueblo de Dios (actividades formativas, profundizaciones teológicas, celebraciones de estilo sinodal, consultas de base, escucha de las poblaciones minoritarias y de los grupos que viven en condiciones de pobreza y marginación social, espacios en los que abordar temas controvertidos, etc.)".

Cada Iglesia local que lo desee podrá remitir a la Conferencia Episcopal "un breve testimonio del trabajo realizado y de las experiencias vividas (máximo dos páginas), compartiendo una buena práctica que considere significativa para hacer crecer un dinamismo sinodal misionero".

Por último, el documento pide a las Conferencias Episcopales que acompañen este proceso y cuiden la profundización de la pregunta orientadora también a nivel de las agrupaciones de Iglesias, para elaborar la síntesis de las aportaciones recibidas o elaboradas. Y respecto al compromiso de mantener vivo el dinamismo sinodal, se pide a las Conferencias Episcopales que sigan promoviendo iniciativas para crecer como Iglesia sinodal en misión también a nivel de los grupos de Iglesias; que recojan los testimonios y buenas prácticas y los envíen todos, sin sintetizarlos, a la Secretaría General del Sínodo, también antes del 15 de mayo.



Ruah,
Javier Lacasta

CÓMO SER UNA IGLESIA SINODAL EN MISIÓN

Catholic Church Reform International¹

Propuesta de ayuda del CCRl

Directrices para que las comunidades locales se preparen para el Sínodo de 2024

Hemos recibido estas pautas de la oficina del Sínodo en Roma, que ayudarán a las parroquias y pequeñas comunidades cristianas (SCC, small Christian communities) locales en el proceso de organizar reuniones sinodales, para compartir los temas que creemos importantes para transformar la Iglesia en el tipo de comunidad que Jesús querría en el mundo de hoy.

Inicie su propio sínodo o únase a nosotros para participar en uno

Nos corresponde a todos garantizar que las cuestiones que nos preocupan profundamente se incluyan en el documento de trabajo para el Sínodo de 2024. Ya no podemos simplemente hablar de cambios necesarios en nuestra Iglesia. Ahora tenemos la oportunidad de hacer algo al respecto. Convoque a algunas personas y comience sus propias pequeñas reuniones sinodales. Hay muchas cosas que puede lograr uniéndose a las personas.

Hablando del informe del Sínodo de 2023, la hermana Nathalie Becquart, subsecretaria, dijo: *“El informe de síntesis crea una hoja de ruta para la discusión que tendrá lugar en todo el*

mundo durante los próximos once meses. Ese informe también contiene muchas propuestas concretas y algunas de ellas ya pueden aplicarse. No es necesario esperar a que lleguen cambios desde Roma”. Esta declaración, que proviene directamente de la oficina del Sínodo, es muy alentadora. Si no necesitamos esperar a Roma, y podemos comenzar a poner en marcha algunos aspectos del sínodo en nuestras propias comunidades, no esperemos. Es tan simple como llamar a algunas personas que usted sabe que estarían interesadas en traer la Iglesia Católica al mundo moderno. Llame a todo tipo de personas: miembros activos de su parroquia, personas que hace mucho tiempo que abandonaron la Iglesia,... llámelas.

Utilice su tiempo de reunión con otras personas para (1) discernir qué puede ponerse en marcha en su propia comunidad y comenzar a hacer planes; (2) ¿cuáles son los temas que usted siente profundamente y desea incluir en el documento de trabajo, para que sean debatidos y eventualmente decididos en el Sínodo’24?

Vea nuestra [guía \[https://catholicchurchreformintl.org/start-a-synodal-gathering-in-your-region/\]](https://catholicchurchreformintl.org/start-a-synodal-gathering-in-your-region/) que le ayudará a **comenzar su propia**

¹ <https://catholicchurchreformintl.org>

pequeña reunión sinodal. Es posible que desee concentrarse en partes clave de este informe, o tratarlo en más de una sesión. O, si lo prefiere, aquí tiene un [resumen del documento](#)² que surgió del Sínodo de 2023.

Haga correr la voz de que está formando un grupo pequeño. Muchos ignoran que se ha celebrado siquiera un sínodo importante.

Consulte con frecuencia nuestro sitio web CCRI para mantenerse actualizado sobre las noticias y eventos del Sínodo.

Si no puede encontrar o comenzar su propia reunión sinodal, únase a CCRI para participar.

A partir del primero de año, CCRI facilitará reuniones mensuales para todos los que no tienen otra forma de participar. Se llevarán a cabo en 2024 en los siguientes horarios:

- primer sábado de mes a partir del 6 de enero
- segundo viernes de mes a partir del 12 de enero
- segundo sábado mes a partir del 13 de enero
- el tercer miércoles de mes a partir del 17 de enero.

Para encontrar los horarios correspondientes a su localidad, haga clic ahora en nuestro calendario universal: [<https://spiritunbounded.org/calendar>].

Guarde esto en un lugar especial para que pueda acceder a él en cualquier momento y enterarse de lo que está sucediendo en todo el mundo y cómo y cuándo unirse. Este calendario le mostrará la hora de la reunión en su propia zona horaria.

² <https://cathstan.org/news/us-world/synod-synthesis-shows-agreement-divergences-including-on-synodality>



A quienes nos acompañan en la solidaridad dada y recibida y en la lectura y reflexión propiciada por los Documentos del Ocote Encendido:

Como sabéis, llevamos más de 30 años procurando con este instrumento haceros llegar voces que no siempre llegan, experiencias que conviene compartir, análisis de temas de actualidad, o que deberían serlo, visiones novedosas que nos ensanchan la mente y el alma, enfocados o inspirados por los pueblos de América Latina o por los pensadores que nos “pinchan” para movilizarnos y sacarnos de posiciones acomodadas, en todos los sentidos.

Nos encanta poder realizar esta labor de difusión y de apertura hacia el mundo y queremos que con ella se amplíen los cauces de colaboración y solidaridad entre gentes hermanas. Sabemos que en América Latina, y en alguna otra parte, se lee, se comparte y sirve para la reflexión de las comunidades. Y son varias las personas que los agradecen y valoran.

Sin embargo, tenemos que decir que no tenemos suficiente financiación para publicarlos, si no incrementamos los suscriptores. Por eso eres tan importante TÚ.

El coste de mantener la edición es muy alto: el precio de la impresión en papel crece, como también lo hacen los costes de su envío a través de correos. Pero comprendemos que, aparte de apostar por lo digital como alternativa para muchos, el papel sigue siendo muy útil para mucha gente a la que este formato le facilita su lectura.

Quizás eres una de esas personas que hace tiempo que los recibís y apreciáis, y quizás no has pensado que puedes colaborar con nosotros mediante la suscripción a esta publicación.

Os animamos a sumaros a la lista de colaboradores del Ocote Encendido suscribiéndoos como os explicamos en la contraportada de cada ejemplar:

Datos del colaborador

Nombre y apellidos:

Dirección: C/.....

C.P: Población:.....

Teléfono: E-mail:.....

Orden de pago a la entidad bancaria

IBAN: _____

Ruego carguen a mi cuenta los recibos que, por un importe de _____ euros al año, presentará el Comité Óscar Romero de Aragón.

Firma:

También puedes colaborar con nosotros con una aportación económica, haciendo un ingreso en nuestra cuenta en Unicaja Banco: Comité Oscar Romero de Aragón - ES7621032925290033005273, indicando tu nombre y el concepto “Ocote Encendido”.

MUCHAS GRACIAS





Esperamos que os haya resultado interesante y útil este documento, igual que a nosotros. Por eso hemos pensado que no podíamos guardarlo en el archivo. En los Documentos del Ocote Encendido esperamos que podáis encontrar los análisis y reflexiones más interesantes de o sobre América Latina, y también de otras partes del mundo que pasan por nuestras manos, en formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas, con una periodicidad de 4 números al año.

Si te parece que estos Documentos merecen la pena, puedes colaborar con nosotros:

- Con una **aportación económica**, haciendo un ingreso en nuestra cuenta en Unicaja Banco: Comité Oscar Romero de Aragón - ES7621032925290033005273, indicando tu nombre y el concepto "Ocote Encendido".
- Multiplicando los textos publicados entre tus amigos, compañeros, conocidos... **tejiendo con nosotros una red de información y concientización.**

Si te interesa recibir los "Documentos del Ocote Encendido" o colaborar con nuestras actividades, rellena y envíanos este boletín de suscripción al Comité Cristiano de Solidaridad Óscar Romero de Aragón (c/Menéndez Pidal 9, 13 drcha. 50.009 - Zaragoza).

Datos del colaborador

Nombre y apellidos:

Dirección: C/.....

C.P: Población:.....

Teléfono: E-mail:.....

Orden de pago a la entidad bancaria

IBAN: _____

Ruego carguen a mi cuenta los recibos que, por un importe de _____ euros/año, presentará el Comité Óscar Romero de Aragón.

Firma:

También puedes encontrar el Documento del Ocote en: